

D. DE PENTECOSTÉS. EVANGELIO SEGÚN SAN JUAN 20,19-23.

Al anochecer de aquel día, el día primero de la semana, estaban los discípulos en una casa, con las puertas cerradas, por miedo a los judíos. En esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo:

-Paz a vosotros.

Y diciendo esto, les enseñó las manos y el costado. Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. Jesús repitió:

-Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo.

Y dicho esto, exhaló su aliento sobre ellos y les dijo:

-Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos.

¡VEN, ESPÍRITU SANTO!

Con la fiesta de Pentecostés se cierra el tiempo pascual, 50 días que la Iglesia dedica a poner de relieve que *«Jesús vive»*, que Jesús está en nuestros corazones, que nuestro Padre Dios lo resucitó y lo sentó a su derecha para su mayor gloria.

En los Evangelios de este tiempo litúrgico se han ido describiendo diferentes momentos vividos por los discípulos de Jesús tras su muerte en la cruz. Inicialmente desconcertados y temerosos, asumieron el testigo de Jesús y se constituyeron como Iglesia, nuestra Iglesia. *«Impulsados por el Espíritu de Jesús»* se lanzaron al mundo, con una fe total en Él, a fin de darlo a conocer y a vivir conforme Él había vivido y les había enseñado.

La Resurrección de Jesús es un hecho que trasciende la historia. La fe cristiana así lo proclama. Jesús vive, está vivo, está presente, está con nosotros. Que Jesús vive no consiste en creer que Jesús tras su muerte volvió físicamente a la vida ni que subió al cielo, como si se tratasen de hechos que ocurrieran en aquel tiempo y en aquellos lugares. Por ello la celebración de su Resurrección está siempre de actualidad, dado que nuestra fe se apoya en Jesús, un Jesús que vive y está presente.

Que *«Jesús vive»* fue el pensamiento y el sentir de aquellos discípulos de Jesús. Como un rumor primero, como un grito de gozo después, pero siempre *«como un mensaje lleno de esperanza»*, este evangelio ha ido propagándose de generación en generación hasta nosotros. Y este ha de ser, por tanto, también nuestro pensamiento y nuestro sentir en todos y cada uno de los momentos de nuestra vida.

En este tiempo de Pascua que hoy termina, después de haber celebrado la victoria de Jesús sobre la muerte, su manifestación a los discípulos y su exaltación a la derecha del Padre, *«hoy la Iglesia quiere celebrar que Jesús vive»*. Quiere celebrar por tanto su presencia, la presencia del Espíritu de Dios, y su entrega a sus discípulos a fin de hacerles partícipes de su misma vida y constituir con ellos el nuevo Pueblo de Dios, la Iglesia.

Hay en la creación entera y hay especialmente en el hombre, en quien culmina la historia de la creación, *«la aspiración a una perfección y a una plenitud que nada del mundo es capaz de satisfacer»*. Pues bien, esa aspiración que Dios ha puesto en el hombre tiene hoy su cumplimiento.

«El Espíritu de Dios construye la persona». Por eso son tan extraordinarios los frutos del Espíritu. El Espíritu transforma el interior de los creyentes. Nos invita a *«reconocer a Jesús como Señor del Universo y a invocar a Dios como Padre»*, llevando a nuestros labios palabras que el espíritu humano no sería capaz de suscitar.

«El Espíritu de Dios profundiza la capacidad de nuestras mentes» concediéndonos la posibilidad de penetrar en el misterio de Dios y de gozar de la experiencia de su gracia.

«El Espíritu de Dios cambia la vida» de los discípulos de Jesús haciéndonos capaces de transformar la vida del mundo y dándonos la fuerza necesaria para *«vivir en el amor mutuo, el gozo, la paz, la magnanimidad, la paciencia, la fidelidad»*



Por eso, invocar al Espíritu de Dios no es una oración más. Gritar desde el fondo de nuestro ser: *«Ven, Espíritu Santo»*, es desear una vida nueva.

Es desear que nuestro corazón de piedra se pueda convertir en corazón de carne, que nuestro vacío interior se pueda llenar de Espíritu.

No se necesita hablar mucho para invocar al Espíritu de Dios. Bastan pocas palabras, eso sí, pronunciadas con fe.

«Dios mío, te necesito».

«Tú conoces mi debilidad». *«Límpiame de mi egoísmo»* *«Enséñame a vivir».* *«Tú sólo eres grande y bueno».* *«Ten compasión de mí que no soy capaz de cambiar».* *«Te doy gracias porque me amas».* *«Tu fuerza me sostiene siempre».* *«Guíame por el camino recto».* *«Despierta en mí la alegría».* *«Enséñame a orar».*

La fiesta cristiana de Pentecostés vivida en esta actitud de invocación debería ser punto de partida de una vida renovada por el Espíritu. ¡Que así sea!

Parroquia de Betharram

www.parrokiabetharram.com

4 de Junio de 2017